

AUSTRALIA

SIDNEY

Estoy a punto de finalizar un fabuloso viaje por Australia. La verdad es que nunca imaginé que la improvisación en estado puro me depararía tantas experiencias memorables. Aupa el *carpe diem*. Durante cinco semanas me entretuve tanto disfrutando en la costa Este que me ví forzado a dejar de lado otros destinos imperdibles, como las junglas del Norte y el *Outback* (interior) un enorme desierto que cubre casi todo el país. Estando tan lejos de casa cualquiera se ve atrapado por la obligación e irresistible tentación irresistible de visitarlo todo. Pero hay que echarle demasiado tiempo y es muy fácil minusvalorar las distancias.

Australia es uno de los países más atractivos y fáciles de recorrer que he conocido.

Aquí las distancias son enormes: toda Europa Occidental o EEUU cabe dentro de este pequeño continente. La diversidad de sus paisajes, desde los desiertos más áridos hasta las junglas más exuberantes, las larguísimas playas y modernas y bellas ciudades (especialmente Sidney) hacen difícil olvidar esta tierra, ocupada hasta hace poco por los aborígenes. Es fácil disfrutar en un entorno donde, probablemente, la gente goza de la calidad de vida mas elevada del mundo. Los australianos, en contraste con el resto de los anglosajones, suman a esta calidad de vida y riqueza material una afabilidad y hospitalidad contagiosa. Son cariñosos y no rehuyen el contacto físico. Un australiano te da un abrazo después de dos cervezas. El resto de los anglosajones no suelen admitir que entres en su *comfort zone*, un escudo protector imaginario a medio metro o un metro. Está sensación de proximidad emocional tiene una de sus causas en que el gigantesco país está habitado por poco más de 20 millones de almas.

Por si fuera poco, Australia ofrece una variadísima infraestructura y oferta para que los *mochileros* se muevan con comodidad. Las ofertas de alojamiento barato y actividades divertidas son casi ilimitadas.

Echo el freno de mano y rebobino cinco semanas. Vuelvo al inicio de esta extraordinaria etapa en la otra cara del mundo y pulso *play*...

Aterricé en Sidney proveniente de Tokio. No perdí el vuelo de milagro. El tren que me llevaba al aeropuerto nipón tardó dos horas y media en vez de una hora y media, como me habían informado. Llegué al Narita con una taquicardia de caballo diez escasos minutos antes de la hora de despegue. Pero tuve la suerte de que mi vuelo se había retrasado veinte minutos. Corrí como un condenado por las largas terminales y me abalancé sobre el *finger* que da acceso al avión cuando las azafatas cerraban desde dentro las compuertas de la aeronave. El fuselaje del *Jumbo* de *Quantas* estaba pintado de coloridos y divertidos motivos australianos.

Sidney es una ciudad que compite en todo con su hermana Melbourne, aunque la capitalidad insular se la lleva Canberra. Ubicada en la costa Sureste entra junto a San Francisco, París, Ámsterdam y Brujas en el selecto grupo de mis ciudades favoritas en el mundo. Los edificios y chalets zigzaguean en los bordes de una profunda entrada del Océano Pacífico, que hiere la gran urbe como una punta de lanza azul y ondulada y penetra muchos kilómetros, tortuosa y llena de ramificaciones. Su fabuloso emplazamiento se completa con una planificación urbanística estética y sensible al entorno.

Era principio de primavera en el hemisferio Sur, en pleno mes de septiembre. Aún hacía frío. Me alojé en un ruidoso albergue de mochileros en el *Distrito Rojo*, en el centro de la ciudad. Este barrio es el más popular entre progres, hippies y gente con poco dinero y muchas ganas de vivir, y está repleto de garitos, discotecas, tiendas que no cierran nunca, antros para todos los gustos, policías, *sex-shops* y *show-girls* nocturnos. Una mezcla entre Chueca y la Gran Vía en Madrid y el *Distrito Rojo* de Ámsterdam. El *Youth Hostel* estaba bien situado como base para visitar el resto de la ciudad. Eric -un alemán con el que coincidí en la habitación- y yo alquilamos dos bicicletas de montaña y pedaleamos de arriba abajo por los vericuetos, calles, barrios y rincones de esta caleidoscópica y multiétnica urbe. Hay que estar en forma porque algunos repechos son asesinos.

Aproveché para llamar por teléfono a un par de contactos locales, amigos de amigos. Pasé un día con los familiares australiano-argentinos de Dani Kavcic, y otro día con Paz y Juraj, ella extremeña y él centroeuropeo. Conocí a Juraj en sus oficinas: es director de una agencia de publicidad que ocupa ¡el interior de una iglesia! Además de invitarme a cenar en su bonita casa con vistas al mar, les acompañé a la inauguración de una sala de arte con gente guapa en el barrio bohemio. Jeje, un par de días en las antípodas y me empezaba a creer el rey del mambo...

Un par de días mas tarde tomé un cómodo tren hasta Katoomba, en las cercanas *Blue Mountains*. Este es un magnífico punto de partida para caminar o practicar *bushwalking* (vocablo australiano para senderismo). Con una temperatura que rondaba los cero grados y un sol espléndido hice en solitario dos excursiones de un día completo por serpenteantes y escarpados senderos entre cascadas, árboles y una maleza tan densa que me hacía perder la noción del tiempo.

LA COSTA ESTE

Del frío de las *Montañas Azules* me escapé al clima más templado de la costa. Mi único objetivo ahora era ascender 2.700 km por la costa Este australiana hasta llegar a Cairns, cerca de la Península de York y a tiro de piedra de Papúa Nueva Guinea. Esta distancia separa Madrid de Göteborg, en Suecia.

Un moderno autobús nocturno me depositó al día siguiente 800 km más al Norte, en la fantástica playa de Byron Bay. *BB* es una pequeña y bohemia localidad donde una vez al año se reúnen jóvenes de todo el país para celebrar una versión australiana del salvaje *Spring Break* de Daytona, en Florida. Limpísimas y desiertas playas de arena blanca y fina se extendían más de 30 kilómetros hacia el Norte y Sur. El agua del mar estaba helada, y el cielo limpio. Corriendo descalzo por la arena dura y mojada intenté llegar a uno de los extremos de la playa. Llegué, pero calculé mal mis fuerzas y la vuelta -caminando- terminó agónicamente con la piel de los talones levantada. Pero valió la pena; el paisaje era fabuloso.

En el coche de Mark, un alto y aburrido compañero de habitación que conocí en el hostel de mochileros de *BB*, *croupier* en un casino de

Melbourne, atravesé rápidamente la *Gold Coast* (Costa Dorada). Descansamos medio día en Nimbin, la localidad más bohemia y porreta de Australia. En este pueblecito uno parece meterse en una máquina del tiempo que retrocede cuarenta años. Abres la escotilla, bajas los peldaños y estás en pleno Mayo del 68. Las autoridades hacen vista gorda al frecuente consumo de drogas blandas y te encuentras una calle principal plagada de cincuentones barbudos y decadentes, con pelo *rasta* y holgados pantalones nepalíes. Parecen autoexcluirse del mundo que les rodea. No sé de qué viven. Bueno, sí se como ganan el pan una parte de ellos: mientras estacionábamos cerca de un parquécito, varios porretas con voluminosas *rastas* golpearon con impaciencia la ventana del coche, ofreciendo todo tipo de hierbas alucinógenas, y más...

Tras esta peculiar escala llegamos a Brisbane. Me despedí de Mark, que se quedaba en casa de su hermana. Brisbane no es una ciudad muy atractiva. Pero no le echo la culpa: después de Sidney me había vuelto muy exigente. Durante los dos días en la ciudad alquilé una bicicleta para pasear por el casco urbano y sus alrededores, salí a tomar copas al garito de moda *The Palace* con dos compañeros ingleses de habitación y me colé en un par de salas de cine. Durante la tercera película la acomodadora me cazó, y para evitar un engorroso interrogatorio en las oficinas fingí ser un extranjero atolondrado. Todo gorroneo tiene un límite...

Brisbane no daba para mucho más y pronto retomé la ruta, en un autobús que me llevó otros 300 kilómetros hacia el Norte, siempre por la costa. Me bajé en el Torquay, el pueblo que da acceso a *Fraser Island*, la isla de arena más larga del mundo, con 120 kms de playa a cada lado. En el autobús conocí a un alemán serio y buena gente y a una austríaca fea que fumaba como una chimenea. El acceso a Fraser es restringido y hace falta obtener un permiso para acceder al *Great Sandy National Park* o Gran Parque Nacional Arenoso que ocupa toda la isla. Durante un día nos preparamos con ilusión para abordar nuestra pequeña gran aventura. El resultado, un Jeep de la Segunda Guerra Mundial, dos tiendas de campaña, sacos de dormir, utensilios de cocina (todo alquilado) y toneladas de comida, que en este país es increíblemente barata. Muy temprano por la mañana embarcamos en un pequeño transbordador parecido a las naves que transportaban soldados durante el desembarco de Normandía, Media hora después el caucho de la ruedas de nuestro vehículo se hundía en la fina arena insular.

Pasamos cuatro divertidos días recorriendo más de 200 km de arena y playa. Bromeamos, tomamos el sol, discutimos y cada noche éramos tres desconocidos que compartían experiencias, esperanzas y sueños, tumbados boca arriba con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, alrededor de una fogata, acariciados por una suave brisa, oyendo el retumbar arrítmico de las olas, y mirando la cúpula negra, limpia y omnipotente, empedrada por miles de lucecitas que temblaban. Fueron muy buenos momentos.

Rousseau escribió: “*es verdaderamente libre aquel que desea solamente lo que es capaz de realizar y que hace lo que le agrada*”.

Tristemente, esta fue una experiencia más, compartida con amigos y compañeros cuyos pensamientos más íntimos llegué a conocer, y a los que probablemente no volveré a ver jamás. Había aprendido que entre viajeros no es *políticamente correcto* pedir los números de teléfono o dirección de contacto. La vida se ocupa caprichosamente de unirnos y separarnos.

Tras despedirme de los chicos tenía muy claro mi próximo destino, siempre en la costa Este. Me subí a otro autobús y muchos cientos de kilómetros más al norte llegué a *Airlie Beach*. Los australianos llaman *joya de la corona* a este cálido y bien organizado enclave turístico. Aquí se concentran algunos de los clubs náuticos más importantes de Australia.

En la playa Este de la isla recogimos a un par de *playaestopistas* bohemios y aventureros, él inglés y ella salvadoreña, y nos contaron, entre otras aventuras, como habían navegado gratis por la costa australiana. La idea me impactó y, en plan buscavidas, sembré los tabloncitos de anuncios de los clubs náuticos de *Airlie Beach* con una nota que decía en inglés “*friego cubierta y platos, ayudo a arriar velas, levo anclas y haré cualquier trabajo para navegar gratis hasta Cairns*”. Debajo, mi nombre y el teléfono del albergue. Volví al hostel a esperar la llamada, y para mi sorpresa y jolgorio, esa misma tarde el chaval de recepción fue a buscarme un par de veces al dormitorio de seis literas: los patrones de dos veleros contactaron conmigo. Ambos me ofrecieron navegar más de 400 millas náuticas hacia el Norte (unos 800 kms), bordeando la **GRAN BARRERA DE CORAL** hasta Cairns.

Ese día *Barnacle Bill* (Guillermo el Percebe) entró en mi vida de manera impactante. Bill era uno de los dos patrones que me telefonearon, y único

tripulante del viejo catamarán *Tak-Away*. Se esforzó para convencerme en subir a la cubierta de su adorada nave, y argumentó con pasión que tenía demasiada edad para navegar solo, que le gustaba la gente y que disfrutaría de alguna compañía. No pretendía que trabajara. No sólo me propuso comenzar el viaje lo antes posible sino que también me dio la opción de incorporar a la tripulación a algún amigo o amiga. Aproveché esta magnífica oportunidad para invitar a Kathy, una inglesa que había conocido el día antes en un antro de Airlie Beach. La única condición que Bill nos puso fue la de traer nuestra propia comida. Se me pasó por la cabeza la idea de llamar por teléfono a mis amigos en España para contarles lo que me acababa de ocurrir. El panorama se presentaba idílico. Mejor, imposible.

Bill es el típico lobo de mar solitario y tiene una historia personal muy peculiar. Hoy tiene pasaporte australiano, pero cuando tenía veinte años inmigró desde un pequeño pueblo de la costa Este inglesa. Muy delgado, unos 60 años, piel morena y curtida por el sol, pelo y barba canosa, pies huesudos, siempre lleva un jersey de lana, gafas de sol muy oscuras y pantalones cortos. Bill tiene manos callosas, una dentadura postiza que de vez en cuando olvidaba en algún lugar del barco, y como parte integral de su anatomía, un pitillo envuelto a mano, siempre colgando de la comisura de la boca. Se jacta de su mal genio y carácter terremoto. Como es habitual entre patrones, daba las órdenes gritando, como si estuviera en constante humor pésimo. Sin embargo es Don Guillermo es una excelente persona. Sobre todo cuando le pega algún lingotazo al whisky, uno de sus pasatiempos favoritos. Hace varios años *Barnicle Bill* decidió romper con todo, y vendió su casa y todas sus pertenencias para pasar el resto de sus días con su único amor, el mar. Divorciado dos veces y con tres hijos -uno en la cárcel, otro vagabundo y el tercero en paradero desconocido-, Bill desea disfrutar lo poco que le queda navegando hasta el último de sus días. Los médicos le han diagnosticado un enfisema pulmonar incurable, es decir, dos o tres años más de vida. Pero esta losa no le pesa a Bill y habla de su *Tak-Away* como un niño de sus zapatos nuevos. Sólo disfruta en compañía del océano, las mujeres, una buena copa de whisky, tabaco para liar y un poco de marihuana para ocasiones especiales o para animar la tertulia después de una buena cena.

Bill, su apodo de navegante *Barnicle* y dueño del mundo a bordo del *Tak-Away*.

El *Tak-Away* es un catamarán de 33 pies (unos 10 metros) con casco de madera y 20 años de antigüedad. Tiene un palo mayor de casi 10 metros, un amplio velamen bien cuidado y dos minúsculos *dinghis* o chalupas, una de ellas con motor. Los dos cascos del catamarán están separados por una cabina central semi-descubierta que sirve de puesto de mando, comedor y sala de estar, con tres asientos blancos y acolchados dispuestos en forma de C. En el interior de cada casco hay una estrechísima cabina que se ensancha en la zona bajo la cabina central. Este espacio extra deja sitio para albergar una estrecha cama de matrimonio a la que solo se puede acceder tumbado. Las dos camas y cabinas están separadas por un tabique de madera que cae por el centro, bajo el puesto de mando. Uno de los cascos cuenta con una mini-cocina, y el otro, asignado a Kathy y a mí, con un aseo. Los dos *apartamentos* tienen unos cuatro metros de largo por 1,20 de ancho, excepto en el ensanche de la cama. El agua para el fregadero, inodoro y ducha manual se carga en un depósito situado en la proa, rutina ejecutada en cada atraque. El estado general de *Tak-Away* era un poco descuidado y avejentado. Bill lo achacaba a la falta de una buena mujer que le ayudase a organizar su vida y cuidar a su amor. A pesar de lo vetusto del catamarán, Bill se había gastado casi todos sus ahorros en dotar al barco con un buen sistema de comunicación por radio, un GPS de última generación, un piloto automático y un aceptable equipo de audio para escuchar música.

Kathy, Bill y yo estábamos a punto de iniciar una odisea con una duración indefinida a lo largo de la impresionante costa Noreste australiana. A partir de este día y durante 16 más, fondearíamos en muchos lugares de ensueño, descolgaríamos de vez en cuando la chalupa y nos adentraríamos en cerradas junglas a las que accederíamos por las desembocaduras de pequeños ríos, bajaríamos para corretear por playas vírgenes, recuperaríamos contacto con el mundo civilizado en algún puerto urbano, nos infiltraríamos furtivamente en algún *resort* de lujo al que sólo se puede acceder por mar. Casi siempre sentiríamos la brisa fresca del Pacífico y disfrutaríamos viendo una costa que siempre nos acompañaría a estribor, algunos días a docenas de metros, y otros días, alejada y con forma de línea gris y difusa en el horizonte.

Excepto por un par de problemillas con Bill durante mi ajuste a su apasionado carácter (convivir en un barco pequeño no es fácil), la navegación transcurrió plácidamente. Kathy y yo pasábamos el día en cubierta tomando el sol, leyendo manoseados *best sellers* de segunda mano

o correteando por las interminables playas desiertas, mientras Bill timoneaba con gesto solemne buscando algún punto lejano el horizonte, o esperaba a que regresáramos al barco. A bordo Kathy tenía asignada las labores de cocina, mientras yo ayudaba al patrón a arbolar o arriar las velas, bajar o izar el ancla y fregar los platos. Sin embargo, esto nunca significaba más de un par de horas diarias de trabajo. Bill hacía todo lo demás. Kathy y yo nos dimos cuenta que Bill, con su aparente autosuficiencia, estaba muy necesitado de calor humano. La cohesión de este pequeño grupo que se desplazaba en una cáscara de nuez mejoró tanto que el patrón preguntaba cada mañana a los grumetes hasta donde querían navegar o en que playa les apetecía fondear. Las aguas del Pacífico Sur pueden ser peligrosas, aunque en todo momento *Tak-Away* navegó en un tranquilo zig-zag entre la costa y la Gran Barrera de Coral, que se alarga a unos 50 o 100 kilómetros de la línea costera.

En fin... voy a comenzar la singladura en las islas Whitsundays. ¿Os acordáis de la famosa publicidad para acceder a *el mejor trabajo del mundo*? Pues aquí estuvo el elegido entre más de 35.000 solicitudes. Y yo aquí. Que vida mas dura...

DIARIO DE ABORDO

Describo en formato diario, **día por día**, las más de dos semanas de navegación.

Día 1: Bahía de *Macoma*, en la isla *Hook*

Desde temprano por la mañana Kathy y yo salimos a comprar provisiones, que en Australia son baratísimas. Mucha pasta y pan, algo de carne, cosas para el desayuno, leche y té, embutidos, comida preparada, salsas de todos los sabores, fruta variada, bollos, galletas y dulces, chocolate, agua mineral, refrescos, ron y whisky, y un par de gruesos libros. En el muelle enchufamos la manguera y cargamos el depósito de agua potable. Revisamos los últimos detalles como un *sobrecargo* de abordó antes de un largo vuelo transoceánico, y zarpamos con poca ceremonia y mucha ilusión desde la marina de Airlie Beach, cuando el sol brillaba alto en un magnífico día. Enfilamos proa hacia la isla *Hook* (anzuelo), una de las muchas beldades del archipiélago *Whitsunday Islands*. Durante todo el día y bajo un sol espléndido zigzageamos entre numerosos islotes con playas de arena

blanca y tranquilas aguas turquesas. Para terminar la primera jornada de navegación, en la oscuridad de una media noche rasgada por el brillo de una media luna, anclamos casi a tientas en un recodo de la bahía de *Macoma*. Próximo al *Tak-Away* sonaba intranquila y con escaso ritmo la campanilla de un espectacular velero, cimbreada por culpa de las olitas que golpeaban suavemente los bajos del casco. La oscura silueta se balanceaba en las negras y tranquilas aguas. Con la ayuda de prismáticos y la escasa ayuda de la luna y las estrellas oteamos con curiosidad el lujosísimo velero de cien pies del magnate de la prensa Rupert Murdoch. En su cubierta adivinábamos inmóvil la silueta de un helicóptero. En el interior, el contorno oscuro de alguien sentado en un sofá con el brazo extendido sobre el respaldo, que veía las noticias en una pantalla gigante. Nos fuimos a dormir. Cuando emergimos por la escotilla del *Tak Away*, a las seis de la mañana del día siguiente, el velero había desaparecido. Desayunamos té con leche, galletas, fruta y pan con mantequilla y mermelada.

Día 2 y 3: Whitehaven Beach

Serpenteamos plácidamente durante todo el día entre las deshabitadas e idílicas islas del Parque Nacional *Whitsunday Islands*, fondeando al anochecer a escasos metros de una playa insular, de unos tres kilómetros con forma de arco. Estaba vacía y bajo la luna brillaba una arena blanca acariciada por un mar tranquilo de aguas negras y cristalinas. Una docena de silenciosos veleros fondeados en cuyos mástiles repicaban los cables de acero nos acompañaban en espera de un nuevo amanecer. Nos zampamos unos magníficos espaguetis a la boloñesa que había preparado Kathy, y Bill nos contó quitándole importancia que con motivo de la regata anual de maxi veleros *Hamilton Race Week* se celebraría al día siguiente enfrente de nosotros en *Whitehaven Beach* (suena como *playa del cielo blanco*) lo que ellos llaman *la fiesta playera más grande del mundo*.

¡Que sorpresa chaval! Estas cosas se avisan antes...

Ante tamaña expectativa, me cuesta conciliar el sueño. A las siete de la mañana siguiente saco la cabeza por la escotilla y observo estupefacto que estamos rodeados por más de cien veleros de todos los tamaños y formas. Y en el horizonte se perfilan las velas hinchadas y proas de muchas más embarcaciones que se acercan. Giró la cabeza 180 grados y veo como en la playa hormigean cientos de personas febrilmente ocupadas, levantando chiringuitos de lona e inflables gigantes, descargando cajas y barriles de cerveza desde sus *dinghis*, en fin, organizando algo grande. Varias horas

después, ya al mediodía, el espectáculo en la playa de Whitehaven es absolutamente espectacular. En ella saltan, corren, juegan o simplemente charlan en grupo cientos de regatistas, descalzos y bañador, con aspecto de surfers, cerveza y bocadillo en mano, acompañados de sus amigos que han llegado en barco desde Airlie Beach para no perderse la fiesta. Llegamos a la playa acurrucados en el *dinghi*, la mini-chalupa con motor del *Tak-away*. Una vez en la playa me acerqué al chiringuito y Bill y yo tomamos la primera cerveza, mientras Kathy se entretenía con gente que habría conocido en alguna juerga nocturna en los bares de Airlie Beach. De repente, Bill me señala con el índice un carguero que se acerca, de unos 50 metros de eslora, de color verde oliva y semejante a los buques rectangulares utilizados el día D para llevar a la infantería a la playa de Normandía. A pesar de su gran tamaño zigzaguea hábilmente entre los numerosos veleros fondeados y se acerca hasta la misma playa hasta que con un ruido sordo encalla la proa cuadrada en la arena. En ese momento hace silbar una ensordecedora sirena y deja caer estrepitosamente sobre la orilla su enorme rampa frontal, vomitando varios cientos de *hooligans* de entre 18 y 35 años que botella de cerveza en mano toman la playa por asalto. Mientras tanto, los enormes altavoces de los chiringuitos les dan la bienvenida y escupen una música estruendosa y animada. Que fiesta. Durante todo el día y hasta la puesta de sol bebimos cerveza y comimos. Todos, conocidos o no, participábamos en concursos playeros: carreras de obstáculos con los pies atados y otros ocurrentes concursos, voleibol, *frisbee*, rugby etc. Encontré a varios conocidos de Airlie Beach. Me harté de comer arena jugando al rugby-playa contra los voluminosos *aussies*. ¡Esto es Australia!

La jornada habría parecido la última bacanal antes del juicio final, pero al caer el sol los chiringuitos estaban desmontados, todos se habían marchado agotados y *Whitehaven Beach* había quedado limpia y desierta. Increíble. Los mástiles y las popas de docenas de veleros se alejaban silenciosamente en el horizonte rojo, mientras por el otro lado emergía tímidamente un enorme disco lunar. No quedaba el menor vestigio del caos. Me prometí que algún día durante el resto de mi vida tendría que regresar a una nueva edición de la fiesta playera por antonomasia.

Día 4: Upstart Bay

En otro magnífico día, con un sol cegador y un cielo sin nubes, el *Tak-Away* surcó más de 60 millas náuticas. Una barbaridad. Navegamos sin

interrupción durante quince horas, ayudados en popa por un fuerte viento de 20 nudos, con la vela estirada y embuchada. Los dos cascos se deslizaban espectacularmente hacia abajo desde las crestas de las panzudas y voluminosas olas. Kathy y yo nos sentamos sobre los cojines de proa para tomar el sol y disfrutar de esta brisa firme y cálida. Bill irradiaba felicidad. El *Tak-Away* era dueño y señor de los mares. Tras consultar nuestra posición a través del GPS y detallados mapas costeros, Bill decidió anclar en la *Bahía de Upstart*, el lugar más protegido de la zona. Esta bahía quedaba abrazada por un incisivo apéndice de arena que se adentra varios kilómetros en el océano. Al caer la noche, la brisa se había convertido en un incómodo viento de fuerza 6 o 7. Nos fuimos a dormir a pesar de que las rachas de viento iban en aumento. *Tak-Away* se zarandeaba más de la cuenta y Bill se mostraba intranquilo.

En algún momento a mitad de la noche me desperté sobresaltado. Resonaban en la cabina pasos nerviosos de alguien que correteaba en cubierta. Asomé la cabeza por la escotilla, todavía medio dormido. Estaba muy oscuro y el viento azotaba furioso. Ví a Bill corriendo de un lado para otro, con gesto desencajado. Gritó con impaciencia y sin mirarme que el ancla se había desenganchado y hacía un buen rato que flotábamos a la deriva, en la oscuridad en una noche con la luna tapada. No tenía idea de donde carajo estábamos. Por suerte, las rachas de viento y la marea aún no nos habían lanzado contra la playa o las rocas. Una potente linterna no sirvió para situarnos porque la costa aún estaría lejos. Los cables metálicos azotaban violentamente el mástil y el catamarán se movía epilépticamente, zarandeado por las olas que nos habían sacado de la bahía. A ciegas arbolamos la vela mayor a medio mástil. Recuperamos el control de la embarcación con ayuda del motorcillo de popa, el impulso de la vela que flameaba ruidosamente y el buen hacer de Bill. Usando el GPS y la brújula enfilamos rumbo a la costa. Tardamos algún tiempo en localizar un refugio algo más seguro. Por fin encontramos una playita más protegida del viento. Tras muchos intentos, el ancla enganchó en un fondo arenoso y poco profundo.

Cuando los ánimos se calmaron, Bill y yo tomamos varias cervezas en su cabina. Fuera, el viento aún rugía. En la otra cabina Kathy seguía durmiendo, como un oso en hibernación.

Día 5: Cape Bowling Green

La mañana siguiente nos despertamos algo más tarde, para saludar un día feo, frío, nublado y todavía ventoso. Bill propuso una jornada completa de navegación dirección Norte. Arbolamos media vela, zarandeados como una cáscara de nuez entre oscuras montañas de miles de toneladas de agua.

De repente, sobre el mediodía, Bill gritó algo ininteligible mientras señalaba con el dedo. Corrí a trompicones hacia el pico de proa. Escudriñé el horizonte con ansiedad sin saber que buscar. Bill gritó "*Whale, whale!!*" (¡ballena, ballena!). En ese momento, delante de nosotros y a escasos 50 metros, ví emerger entre ola y ola una inmensa mancha negra con el brillo de hule mojado. Con pánico nos dimos cuenta que su trayectoria era directa hacia el *Tak-Away*. Un momento después desapareció bajo la superficie. Recé angustiado para que volviera a dejarse ver. Bill manejaba frenéticamente el timón y me gritó que arriara las velas. Kathy tiraba una y otra vez con fuerza del arranque manual del motor, que no respondía. Aún no percibía bien lo que estaba ocurriendo. La mancha se acercaba cada vez más y resoplaba escupiendo agua por una abertura con forma de ombligo. Poco antes de impactar con el inmenso lomo de carne y grasa, el *Tak-Away* cambió bruscamente de rumbo, impulsado por nuestro motorcito de siete caballos que gritaba, exprimido hasta el límite. Observamos con la respiración entrecortada como el enorme cetáceo pasaba, sin inmutarse, a menos de tres metros a estribor.

Tras el susto, Bill nos explicó: "*o nos apartamos, o nos lleva por delante*"... Estábamos a 9.000 metros de la costa.

Días 6 y 7: Townsville

No es nada fácil que tres desconocidos de nacionalidades y generaciones distintas compartan pacíficamente una superficie de 15 metros cuadrados durante 24 horas al día. Durante la primera semana de navegación tuve algunos choques dialécticos con el patrón por su agresiva manera de impartir órdenes. A la llegada a Townsville estaba tan *cabreado* que había metido mis bártulos en la mochila, listo para largarme. Esperaba con ansiedad el primer puerto para despedirme definitivamente.

Sin embargo mi beligerancia aminoró cuando desembarcamos en esta ciudad, la más importante de la costa Noreste australiana. Amarramos en el puerto deportivo durante dos lluviosos y fríos días. Nos separamos para descansar y Bill y yo zanjamos nuestras diferencias en la barra del bar de la

marina, mientras nos atiborrábamos whisky y ron, acompañados por toscos y extrovertidos australianos tatuados hasta la médula. Al día siguiente me entretuve en una sala de videojuegos, discutí con Kathy, me colé en dos salas de cine, comí un montón de hamburguesas con patatas fritas, hice las paces con Kathy, fuimos juntos de compras al supermercado, homenajeamos a Bill con una pantagruélica cena a bordo y terminamos tumbados en cubierta, boca arriba, mirando el cielo estrellado y rodeados de vasos vacíos.

Día 8: Magnetic Island

Durante el verano austral esta pequeña isla es uno de los destinos turísticos más populares de Gran Barrera de Coral. La Isla Magnética (no supimos donde viene este nombre) está salpicada por preciosas y pequeñas playas vacías. En el corazón, una jungla impenetrable. Aunque la desagradable lluvia había cesado, el clima seguía intratable y los días eran grises y fríos, bajo un cielo plomizo. Kathy y yo paseamos por algunas playas, nos hicimos fotos e intentamos sin éxito adentrarnos en la jungla, mientras Bill tomaba algunas cervezas en un triste chiringuito playero para ricos con tejado de hojas de palmera.

Día 9: Orphers Island.

El tiempo va mejorando. Kathy y yo leemos y tomamos el sol en cubierta mientras Bill se ocupa de una relajada navegación. Por la tarde, fondeamos en una playita de la *Isla Orphers* y correteamos por la playa durante la tarde. Sin novedades.

Día 10 y 11. Zoey Bay, en la isla de Hinchinbrook.

Nos despertamos para saludar con alegría una mañana fantástica de cielo limpio y sol radiante. Por fin. Pero faltaba buen viento para navegar. Con esfuerzo y tirando del motor avanzamos algunas millas para descolgar el ancla en *Zoey Bay*, otra de las maravillas de la Gran Barrera de Coral. Fondeamos en una playa desierta de 4 km interrumpida por varias desembocaduras poco profundas, algo más caudalosas que un arroyo. Como siempre, playa, arena y edén. Cerrando el decorado, una impenetrable maleza verde que escondía sonidos y se bamboleaba con la brisa. Bill nos desaconsejó nadar desde el *Tak-Away* hasta la playa por la posible presencia de cocodrilos de río. Tras desembarcar del *dinghi* decidí hacer algo de ejercicio, mientras Kathy paseaba y Bill buscaba objetos útiles husmeando en una montaña de desechos de naufragio escupidos por el océano. Por la

noche, en la más absoluta paz y tras una frugal cena a base de espaguetis a la boloñesa (otra vez) y fruta, nos acostamos temprano bajo un cielo impresionante coronado por una enorme luna llena, una brisa templada y un *Tak-Away* mecido por olitas que traqueteaban pacientemente contra la madera del casco.

Nos levantamos al amanecer y Bill y yo nos internamos con el dinghi hacia el interior de la isla, aprovechando la marea alta que anegaban durante algunas horas estos pequeños deltas. A medida que nos adentrábamos en la jungla aumentaban el calor, la humedad y los ruidos de aves y anfibios. Buscamos con ahínco y sin suerte cocodrilos de río, que suelen tomar el sol en las orillas tapadas por retorcidos manglares. Desconectamos el motor y remamos sigilosamente, siempre flanqueados por una tupida cortina vegetal, hasta que llegamos al nacimiento de esta corta vía fluvial, cerca de una imponente mole de piedra que se alzaba majestuosamente 600 metros en el corazón de la isla. En algún lugar más arriba una fuente vomitaba agua hacia una cascada que caía en una laguna de aguas cristalinas. Retornamos hacia el barco con prisas porque la marea comenzó a bajar. Cada 50 metros teníamos que levantar el motor y bajar de la chalupa para empujar. Llegamos al *Tak-Away* cuando el sol se escondía detrás de la mole rocosa. Kathy nos esperaba en cubierta con una magnífica ensalada y filetes. Al día siguiente hicimos otra excursión parecida, esta vez con Kathy.

Día 12. Canal de Hinchinbrook. *Scraggy Point*.

La isla de Hinchinbrook esta separada de la masa continental australiana por el estrecho Canal de Hinchinbrook. El *Tak-Away* retrocedió sobre su estela desde Zoey Bay, bordeando el sur de la isla para retomar el canal en dirección Norte, contra del viento. Tras zigzaguear todo el día en estrechas ceñidas, vigilados a babor y estribor por majestuosas moles de roca, llegamos a *Scraggy Point*. Allí fondeamos para pasar la noche.

Día 13. *Dunk Island*

La Isla de Dunk es otra belleza de la costa Este australiana. En otro soleado día de navegación, con ligeras brisas soplando desde el Sur, avanzamos sin velas y exprimiendo el motor, a paso de tortuga. Un día más tumbados en la cubierta de proa leyendo o disfrutando del paisaje costero. Navegábamos siempre con la Gran Barrera de Coral a babor y anónimas playas desiertas a estribor. Durante las últimas horas del atardecer refrescó,

nos abrigamos y al amainar el viento arriamos el velamen. *Tak-Away* enfiló la proa hacia el interior de un archipiélago cuyos oscuros contornos habían comenzado a emerger sobre el horizonte a medio día. Pasamos tímidamente entre pequeñas colinas y bultos surgidos del agua que dejaban entrever fabulosas playas sin rastro humano. En los estertores del día, de pie en la proa, fotografié en mi memoria el lento hundimiento del enorme disco rojo tras una densa e indómita vegetación. Bill señaló con el índice a proa hacia el horizonte y nos informó que quedaba poco para llegar a *Dunk Island*. En esta pequeña isla se erige uno de los complejos turísticos más caros de la costa australiana. Una vez fondeados, tras recoger las velas, nuestro patrón me prestó una chaqueta y corbata. Con esfuerzo descolgamos por estribor el *dinghi* motorizado, y tras perder de vista la silueta del catamarán, quebrar en la penumbra lujosos yates y rodear furtivamente varias playitas sin gente, plantamos nuestros pies descalzos en la arena. Con cabeza alzada y porte digno nos colamos como señores en la lujosa terraza-restaurante del resort, comportándonos como clientes habituales. Jugamos al billar, bebimos discretamente y nos abstuvimos de hablar con los demás, no fuera a ser que no pillaran. No regresamos al *Tak-Away* hasta que el barman nos invitó a abandonar el lugar, estaban cerrando. Eran las dos de la mañana y nos habíamos quedado solos.

Día 14. Encima de la Gran Barrera de Coral (*Great Barrier Reef*)

Nuestra *Tak-Away* se encontraba ya a menos de 100 millas náuticas de Cairns, destino final y meca turística de la costa Noreste australiana. Por la mañana Bill propuso adentrarnos 30 millas en alta mar para disfrutar de cerca la Gran Barrera de Coral. Durante toda la singladura la barrera nos había acompañado invisible, protegiéndonos contra la furia del Océano Pacífico. Era un día soleado y caluroso, aunque escaso de viento. Llegamos a la barrera algo más tarde de lo previsto, cuando ya era hora de darse la vuelta. Con prisas aguzamos la vista para observar esta mastodónica serpiente rocosa e irregular, cubierta por una cabellera ondulante y multicolor, que se dejaba ver a través de las aguas cristalinas varios metros por debajo del casco. Fue una pena que no tuviéramos tiempo para bucear y sentirla de cerca, jugando y alimentando a los pececillos multicolores que suelen vivir cerca de las zonas coralíferas. Con el deber cumplido a medias, viramos hacia la costa para evitar que nos atrapara la oscuridad cerca de los peligrosos arrecifes. Bien entrada la noche *Tak-Away* enfiló proa a *Mourilian Inlet*, un lugar frío y asfixiantemente húmedo. Fondeamos en aguas quietas protegidos por los solitarios muelles de una enorme planta

procesadora de caña de azúcar. Esa noche atrapé un resfriado que me duró más de tres semanas.

Día 15. Isla de Fitzroy.

Estaba ansioso por retomar contacto con la civilización. Había terminado de leer las dos novelas que había comprado, de Morris West y Robert Ludlum. Sin lectura, las horas se hacían mas largas. Navegamos un día completo bajo un cielo despejado. Al anochecer llegamos a otro lujoso complejo turístico, esta vez en la isla de Fitzroy. Chaqueta y corbata. Zigzaguear en el *dinghi* entre lujosos yates. Atracar furtivamente, con la complicidad de alguna cala oscura. Fingir, beber y actuar. Una vez más, Bill y yo cerramos el bar.

Día 16. Cairns. Fin de trayecto

Terminaban más de 430 millas náuticas de navegación. Vuelta a la civilización.

Durante este último día apareció en el horizonte, tímidamente al principio, groseramente después, el contorno de una masa heterogénea de bloques de cemento, que horas después se convertirían en apartamentos, chalets, casinos, puertos deportivos, barcos y lanchas que iban y venían, aviones que aterrizaban y despegaban...

La aventura estaba a punto de finalizar. Me sentía como Robinsón Crusoe descafeinado que vuelve a casa. Tras comunicarnos por radio y pedir permiso a las autoridades del puerto deportivo, atracamos no sin alguna dificultad. Al bajar del barco, *McDonald's*, *Pizza Huts*, turistas japoneses, hoteles de lujo, vehículos que escupían humo, restaurantes chinos, salas de juego, agencias de viajes, prisas y gente, mucha gente...

Llegó el momento de las despedidas. Los futuros y planes de nuestra pequeña familia eran muy diferentes. Kathy y yo nos despedimos esa noche de Bill con bastante pena, regalándole lo que más le gustaba: dos botellas de whisky *Jack Daniels*. Sabíamos que no lo veríamos más. Intentó mostrarse frío y distante. Pero era una pose: terminó desmoronándose y nos ofreció continuar navegando un año más hasta Phuket, en Tailandia, pasando por Darwin, el Parque Nacional de Kakadú, Indonesia, Singapur y Malasia. La tentación era fuerte, sin embargo, hubiera tenido que sacrificar el resto de mi viaje por el Pacífico y África. De Kathy me despedí al día siguiente. Ella continuaba hacia al Norte para encontrarse con unos amigos.

SUSTO BAJO EL AGUA

Los días en Cairns los utilicé para retomar contacto con las hamburguesas, comida china, helados, y también para inscribirme en una excursión de buceo de tres días en la Gran Barrera de Coral.

Hasta que no estuve allí no me enteré que Cairns es una meca mundial del submarinismo. Por unos 400 euros puedes elegir entre múltiples *diving tours* (excursiones de buceo) de varios días, que visitan los numerosos atolones rocosos subacuáticos y formaciones coralíferas de la zona. Estas maravillas sumergidas rodean Cairns a lo largo de 55 millas náuticas (100 km). Empresas privadas como *Deep Sea Divers Den*, *Dive*, *ProDive*, etc compiten por un mercado de turistas con o sin el carnet PADI *Open Water Diver* (fácil de obtener tras un curso de varios días). Esta licencia te autoriza para bucear hasta un máximo de 18 metros de profundidad. Se ofrecen cursos cortos para novatos y largas y profundas inmersiones para los muy experimentados. A Cairns acuden aficionados y profesionales del buceo desde todas partes del mundo. Me topé con bastantes grupos de estudiantes japoneses que reúnen dinero todo el año para venir con sus institutos o universidades. Una visita de un día a un arrecife coralífero con un par de inmersiones cuesta unos 125 euros, incluido alquiler del equipo. Una excursión de cinco días pernoctando en un *barco-hotel* anclado en las proximidades de la Gran Barrera con cursillo, equipo, 19 inmersiones y obtención de la certificación PADI que te acredita como buceador, cuesta unos 1.100 euros, extras incluidos. Una excursión de diez días para los buceadores muy experimentados a las islas y corales más alejados sale por una fortuna.

Afortunadamente llevaba conmigo la certificación PADI *Openwater* que obtuve cuando viví en Puerto Rico y me apunté a una excursión de tres días, sin cursillo, y con derecho a 12 inmersiones. Cada vez que te tiras al agua necesitas un *partner* o compañero de inmersión, y una vez abajo te está permitido ir donde quieras. Bueno, a no ser que se termine el aire de la botella.

Durante la inscripción al *tour* la empresa me comunicó que pasaría para buscarme en mi albergue a las siete de la mañana del día siguiente. Esa noche aproveché para, en compañía del gigantón Jack, inglés de 25 años, calvo como una bola de billar y más dos metros de estatura (¿recuerdas al

vocalista de *Midnight Oil*?) acudir al bar de moda de Cairns, y pasar la noche entre jarras de cerveza. Salté como un poseo encima de una mesa al ritmo de una música ensordecedora. Creo que conservé el ritmo solo la primera media hora. Me contaron que después empecé a balancearme sin equilibrio, y a las dos horas saltaba como un simio, con una sonrisa babeante. Me acosté a las cinco de la mañana con una importante intoxicación etílica. Dos horas más tarde una furgoneta impaciente repleta de ansiosos buceadores tocaba la bocina delante de la pensión. Alguien tuvo la decencia de arrancarme de la cama. Creo que tardé menos de tres minutos en vestirme. A partir de este momento mis recuerdos son borrosos. Una resaca de caballo me ataba a otra dimensión. Mis sentidos despertaron en la plataforma de un barco, a 30 km de la costa, a punto de saltar al mar, con un equipo completo de buceo, traje de neopreno, grandes aletas, gafas en la frente y botella de aire comprimido a la espalda. Un shock helado me recorrió el cuerpo cuando salté desde la cubierta a las frías y cristalinas aguas del Pacífico. Un *shock* helado y húmedo recorrió todos los rincones de mi cuerpo entumecido y torpe. El interior del neopreno se llenó de hirientes hilillos de agua que me espabilaron violentamente. Ya consciente, me coloqué la válvula de respiración (regulador) en la boca y comencé la inmersión, buscando paz y un silencio amortiguado por el ruido de las burbujas ascendentes. Ahora sí estaba despierto.

Algunos metros debajo de mí pude ver al *partner* (socio) de buceo que me habían asignado. Entre pompas que trepaban en busca de la superficie y escuchando los bufidos de mi forzada respiración, mi socio me hacía señas palmeando la mano, indicándome que fuera tras él. Fui descendiendo lentamente en un muro azul oscuro cristalino y quieto, dando tiempo a que mis doloridos tímpanos se ajustaran al cambio de presión. Minutos después, el medidor de profundidad en mi muñeca indicaba 15 metros. Los oídos me molestaban menos. Sin embargo, no me encontraba del todo bien. Delante, a unos diez metros, mi socio parecía flotar en el aire en una atmósfera sin gravedad, y avanzaba braceando a cámara lenta, propulsado por ondulaciones acompasadas de sus brillantes y largas aletas amarillas. De vez en cuando me detenía para observar las anémonas multicolores adheridas a un inmenso muro de coral, que se erguía majestuosamente hacia el brillo de un lejano sol, muy por encima de nosotros. Bajé hasta veinte metros de profundidad, dos más de los permitidos por mi carnet. Volví a subir hasta los quince metros. En un mundo donde todo se ralentiza, disfrutaba de la paz indescriptible que solo se puede sentir en las

profundidades, y observaba los pequeños bancos de peces de mil colores que se acercaban curiosos, huyendo con la velocidad de un látigo.

De repente, tanta placidez y relajación quedó interrumpida por una violenta dosis de realidad. No podía respirar: el aire de mi botella se había cortado de repente. Con tranquilidad me saqué la válvula de la boca y presioné el botón con el pulgar para desatascarla. Me la introduje otra vez entre los labios y la mordí. Volví a aspirar con fuerza, pero el aire seguía sin llegar a mis pulmones. Tragué un hilillo de agua salada. Recordé con pánico que antes de saltar al agua no había comprobado el indicador de presión del aire en la botella. Mi pecho se oprimió aún mas cuando ví que estaba totalmente vacía! ¡durante mis resacosos preparativos no me había ocupado de llenarla!. Cerca del pánico miré a mi compañero de buceo con intención de auto-socorrerme usando su regulador de emergencia que va colgado a la espalda. Pero él buceaba placidamente a muchos metros de mí dándome la espalda. Intuí que no me daría tiempo a alcanzarle. Ya sin aire, miré angustiado hacia arriba para calcular los metros que me separaban de la superficie. Calculé una distancia equivalente a un edificio de cuatro plantas. El sol se reflejaba lejano sobre las ondulaciones marinas, y entre la vida y yo, miles de metros cúbicos de agua. En un flash visualicé una de las lecciones aprendidas en el curso de buceo: es extremadamente peligroso ascender rápidamente a la superficie sin haber pasado por varias paradas de despresurización. Al ascender y disminuir la presión, el oxígeno de los pulmones se expande. Si los pulmones contienen más aire del adecuado pueden reventar durante una ascensión demasiado veloz. O la sangre puede llenarse de nitrógeno, produciendo un exceso de burbujas en los tejidos. Los accidentes de descompresión son una de las causas de muerte más comunes entre los buceadores, y la más dolorosa.

Cerré los ojos, recé y me lancé hacia arriba como un torpedo, con todas las fuerzas que podía transmitir a mis piernas y aletas. Recuerdo vagamente un mareo que me iba adormeciendo a medida que me aproximaba a la inalcanzable superficie. Cuando por fin emergí, escupí inmediatamente la válvula y tomé aire mientras tosía y eructaba, escupiendo agua entre bufidos. Por ahora no me había pasado nada. Cuando me calmé, reintroduje la cabeza en el agua para buscar a mi socio de inmersión. Este se había detenido algunos metros por debajo de mí, y mirándome boca arriba me indicaba algo rotando el índice contra su sien.

Regresé al barco y con ingenua sinceridad comenté a los instructores lo que me había ocurrido minutos antes. Por supuesto no mencioné la borrachera de la noche anterior. Me prohibieron bucear durante el resto del día y comprobaron varias veces mis niveles de nitrógeno para evitar posibles pompas en el sistema circulatorio. Los dos días posteriores bucéé con mucho miedo. El último día, amortizado el susto pero con mucho respeto, disfruté de los tiburones, enormes tortugas, barracudas, una miríada de peces multicolores y la famosa barrera de coral, una de las maravillas del mundo que no debía perderme.

De vuelta en tierra firme y cansado de mar, sol y playas, compré un billete de avión que me devolvería a Sydney al día siguiente. Lo adquirí de segunda mano en un albergue por sólo 60 euros. Viajé sin problemas a nombre de otra persona, haciéndome pasar por *Tony Tsimbas*. Tony me llevó en su coche hasta el aeropuerto.

Dicen que Sydney es uno de los lugares más baratos del mundo para comprar un billete de avión. Los australianos tienen la sana costumbre de tomarse un año sabático para conocer el mundo, antes de comenzar los estudios universitarios o su primer trabajo. Hay mucha competencia entre las numerosas agencias de viaje y los precios son muy bajos. Con un carnet de estudiante falso (son muy populares entre los mochileros que vienen del sudeste asiático) que compré por veinte dólares en Mongolia, adquirí un billete de avión hasta Madrid. Me costó unos 800 euros y volaría *con New Zealand Airways* y *American Airlines*. El pasaje incluía tres escalas de duración ilimitada a elegir entre cinco destinos: Nueva Zelanda, Islas Fiyi, Hawaii, Los Angeles o Miami.

¡Que chollo!

NUEVA ZELANDA

Era mi obligación exprimir el *bonus* de inesperada libertad que ofrecía este flexible billete de avión, ideado por alguna mente prodigiosa que debe pasar a los anales de la historia. Un par de escalas en el Pacífico Sur no era mala idea. La primera, de casi diez días, en lo que muchos consideran el país más espectacular del planeta.

Llegué a Auckland a mediados de Septiembre. Era final de invierno y aún hacía bastante fresquete. Me alojé en el cómodo pero caro *Auckland Youth Hostel*. Mi compañero de habitación era un aburrido y barbudo norteamericano de unos cuarenta años que se pasaba el día acostado. Viajaba con un equipo de música que pesaba más de diez kilos. Creo que o estaba un poco tarumba o sufría una depresión.

Alquilé una bicicleta para pasear por la ciudad, que pronto se quedó pequeña. Tosiendo mucho y con la curiosidad habitual de los primeros momentos en un país, me alejé de Auckland bordeando la carretera de la costa, sin encontrar nada sorprendente, ni siquiera reseñable. Todo era bonito, pulcro y civilizado, aunque con poca vida. Me recordaba a Suiza. Durante un par de días pedaleé en solitario sin rumbo definido, amenazado por un cielo siempre plomizo que descargaba con fuerza y sin piedad en los momentos menos oportunos. El pequeño resfriado que había atrapado en el *Tak-Away* empeoró hasta que mi cabeza, incluyendo nariz y oídos, quedó totalmente embotada, como si me hubieran colocado una escafandra. Los dos días en Auckland fueron muy solitarios. Me pegué una buena paliza de videojuegos en una sala de recreativos, convirtiéndome en un maestrillo de la conducción virtual. Mi conducción real no tiene nada que ver. Por la noche cenaba en algún desangelado *McDonald's* o me colaba en salas de cine para ver malas películas cuyo título no recuerdo. Con mi *menú Combo* me sentaba aburrido en una pequeña mesa cuadrada pegada al ventanal, mirando como el mundo pasaba delante de mí. Gentes de múltiples razas, orientales, filipinos, inmigrantes de cualquier archipiélago del Pacífico, caucásicos, indios... Fantasmas que caminaban con rumbo incierto o hacia alguien que les esperaba en un hogar acogedor, con calefacción y cariño. Sufría momentos de resaca emocional. Supongo que nuestro cuerpo, corazón y cabeza necesitan descender para después subir y recuperarse...

A pesar de mi imponente resfriado y de la incesante lluvia, al tercer día decidí escapar de la ordenada rutina de la capital huyendo hacia el Sur, a bordo de un lujoso autobús cuyo destino final era Rotorua, en el centro de la isla Norte. Los 233 kilómetros de verde y roca que disfruté acomodado en el asiento hicieron que Nueva Zelanda esté en mi agenda de lugares a visitar con mucho tiempo en el bolsillo. Dicen que la isla Sur es aún más espectacular.

Rotorua es una coqueta y turística ciudad, famosa por su ingente actividad volcánica, por su olor a huevo podrido, por el lago con el mismo nombre, por las agradables aguas termales y por los bellos parques naturales con nombres maoríes que la rodean. Cerca hay un tortuoso torrente de aguas rápidas, que termina en una caída de siete metros. Por cincuenta dólares me apunté a una corta jornada de *rafting*, acompañado por un guía y varios turistas con ganas tantas ganas de aventura como de pasar frío. Lo que mejor recuerdo no es la caída de siete metros desde lo alto de la famosa cascada (este revolcón acuático era el momento estrella de la excursión), sino el agua helada que se colaba a borbotones por las rendijas del neopreno. Mi gran idea no ayudó a mejorar mi estado de embotamiento general. Cuando uno no puede quedarse quieto hace tonterías.

El segundo día en Rotorua lo dediqué a pasear en la bicicleta que me prestó el simpático dueño del albergue, en el centro de la ciudad y muy cerca de la estación de autobuses. El paseo se convirtió en un recorrido de 60 km por un par de parques nacionales y el Lago Tarawera.

Pero lo mejor fue conocer, a través del dueño del albergue, a Andrés. Andrés es un simpático vasco de 24 años que llevaba un año viviendo en la zona. Trabaja como ingeniero forestal en una compañía maderera neozelandesa. Varios años antes había jugado en la selección española de fútbol Sub 21. Estaba muy conectado a un grupo de chilenos residentes en Rotorua. A partir de este momento y durante los dos días siguientes satisfice con creces el déficit afectivo que venía arrastrando desde Australia. Acudí a un par de fiestas, una de ellas para celebrar la independencia chilena. Bailé sevillanas, comí tortilla de patatas, me volví a comunicar con otros en castellano, aunque por falta de práctica la lengua se me trababa, canté y hasta pillé un buen mareo a base de sangría. ¡Ole, ole, ole! Alegría.

Una vez resarcido de la falta de afecto, comencé a sentir el día a día en Rotorua rutinario y falto de alternativas, como a veces en un pueblo pequeño. Me quedaban pocos días en Nueva Zelanda y quería conocer otros lugares. La curiosidad pisaba a la comodidad. Pasé por otra dolorosa separación con amigos que cuesta abandonar, posiblemente para siempre. Pero mi viaje debía continuar y en Nueva Zelanda siempre hay muchas cosas que ver.

Tomé un autobús hacia la *Península de Coromandel*, al Noreste de la isla. Dicen que de Coromandel salen algunos de los mejores senderos de Nueva Zelanda. Es el lugar ideal para el *tramping* (senderismo, en neozelandés). En Coromandel el autobús me dejó en la fantasmagórica Thames. A las ocho de la noche de ese odioso domingo no quedaba abierto ni un mísero bar o restaurante para comprar un bocadillo, ni un supermercado para avituallarme. Tras aporrear insistentemente el cristal de una hamburguesería cerrada, un empleado caritativo salió de la trastienda y desconfiado me pasó por la rendija de la puerta un poco de pan y patatas fritas frías y duras. Un *carpanta* sevillano mendigando comida a tropecientos mil kilómetros de casa. El albergue local estaba ocupado por un par de huraños mochileros ingleses. Dormí sólo en una habitación con capacidad para dieciséis personas.

Al día siguiente desayuné con una pareja alemana que partía en coche ese mismo día hacia el parque nacional de Coromandel. Huelga decir que aproveché para unirme a ellos y gorronear locomoción; ya me había convertido en todo un experto. Tras una hora conduciendo por un tortuoso camino de grava nos bajamos en un estacionamiento vacío bajo el habitual cielo gris y amenazante, estudiamos el mapa del parque y tomamos el sendero hacia un refugio de montaña. Era el 22 de septiembre, mi cumpleaños. La única celebración fue un *Happy Birthday* que cantó la desafinada pareja alemana en medio de la nada y protegidos por un saliente de roca bajo una lluvia torrencial. Por la noche llegamos a un acogedor y confortable albergue-refugio de montaña. Allí se alojaban una docena de ancianas de la asociación de *Amigas de la Montaña* que se reunían una vez cada 4 o 5 meses para hacer *tramping*. Ellas también cantaron a coro *Happy Birthday* y cocinaron para mí. Me inyectaron algo de optimismo, que otra vez iba cuesta abajo. ¡Como echaba de menos el sol de Australia! Al día siguiente caminamos los tres por parajes espectaculares que no pude disfrutar por culpa de una incesante lluvia que me calaba los huesos y el alma. Regresamos en coche a Thames y al día siguiente tomé un autobús a Auckland. Mi constipado era terrible y la escafandra se hacía más gruesa y pesada.

Ilusionado a la mañana siguiente subí los peldaños de la escalerilla de un Airbus que me llevaría a las Islas Fiyi, hacia temperaturas cálidas, playas y palmeras. Pendiente queda otra visita a Nueva Zelanda, para disfrutar los

paisajes con mejor clima, y por supuesto, volar a Christchurch, capital mundial del turismo aventura, en la isla Sur.

Esto es todo por ahora. Espero escribir una nueva crónica desde Fiyi.

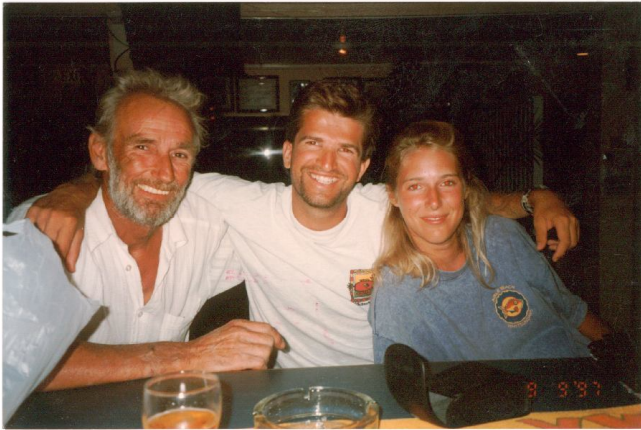


NUEVA ZELANDA





AUSTRALIA: El "Tak Away"



AUSTRALIA: Con Bill y Kathy



AUSTRALIA: Todo-terreno por las playas de Fraser Island



AUSTRALIA: Gran Barrera de Coral. Cairns. Listo para sumergirme (sin aire)